

LA RAÍZ DEL BAMBÚ

-Breve selección de textos incluidos en *La raíz del BAMBÚ*.

<http://inventivasocial.blogspot.fr/2012/06/la-raiz-del-bambu.html>



Celso H. Agretti

Historias – Cuentos - Ensayos

AGRADECIMIENTOS

A quienes, amigos, conocidos, colegas;
Me alentaron, me ayudaron, y hasta
Me empujaron para culminar esta obra.

DEDICATORIA

Dedico este libro a mi familia:
A mi amada esposa Betty,
a mis hijos:
Dacio Darío, Julio César, Ivo Dan;
Y a mis nietos:

Lucas Ivan, Maria Agustina,
Luciana Isabella,
Bruno, Tiago, María Eugenia, Ornella;
Y a sus madres.

A la memoria de Elio, mi padre;
Regina, mi madre, y Audino, mi hermano mayor...
Y a Reinaldo y mis hermanas:
Tere, Ana María, Aurora, Clelia, y Yoli.

A todos ellos;

Porque:
Han estado siempre presentes
En cada minuto, en cada palabra.
Todo ha sido para ellos, o por ellos.
Porque:
Detrás de cada relato, de cada historia,
Está el mensaje, la razón;
Donde sabrán encontrar en su momento
los códigos para entenderlos.

Y:
A mi pueblo, a mi gente,
Quienes serán los herederos
De este mi humilde legado.

Celso H Agretti
16 de junio de 2011

Alá y los tres poetas

*

Una vez en tierras sarracenas
Tres poetas tuvieron un encuentro
con Alá;
Alá le preguntó al primero:
-¿Por qué escribes?-...
-Escribo para dar testimonio de mis días,- Contestó el primero.
Y preguntó al segundo:
-¿Y tú, por qué escribes?...-

-Yo escribo para llorar un amor perdido.-
Contestó el segundo.
Y preguntó al tercero: -¿Y tú, por qué escribes?...
Y el tercero contestó:
-Yo escribo para acariciar el alma de mis semejantes...

Celso H. Agretti

TIEMPO DE GESTACIÓN (EL HELECHO Y EL BAMBÚ)

Pasaron cinco años desde que presenté mi libro anterior.

Mi opera prima.

Incluso desde otro tanto estuve gestando aquella obra. Un libro de apenas algo más de doscientas páginas. El balance inevitable que hago es lo poco productivo de mi tiempo de trabajo, del tiempo que le dedico a mi empeño de escribir.

Me tengo que conformar con esto que he logrado. Menos mal que mi tiempo contaba con estos tantos días de crédito en mi haber, en las cuentas de la vida; y pude al menos hacer esto, como máximo.

No obstante, estoy satisfecho.

Cuando Dios hizo el mundo, y el portentoso Paraíso Terrenal, un día advirtió que el Bambú no daba aún señales de surgir a la vida. A su lado un helecho derramaba lozanas sus hojas enramadas. Al año pasó el Señor nuevamente por el lugar, y vio al helecho más grande y aún más lozano; pero ni señales del Bambú. Al año siguiente, y al otro, pasaba por allí, esperando verlo brotar. Y nada. Pasaron cinco años antes que el creador pudiera ver como la tierra se agrietaba y la punta blanquecina de un brote apartaba los pequeños terrones abriéndose paso. Al fin el Bambú, asomaba a la luz del día; le había costado cinco largos años gestando su germinación. A partir de allí abría su abanico de cañas al cielo, creciendo en altura, hasta un palmo por cada día.

Todo ese tiempo le había llevado construir sus cimientos bajo tierra, para que la planta pudiera surgir luego fuerte y poderosa, para afrontar los vientos y tempestades; para poder ser lo que debía ser, para dar plenamente su mensaje entre los seres de la Creación.

Celso H. Agretti
Avellaneda, Santa Fe; febrero 2011

PRÓLOGO

Cuando alguno de esos graciosos que abunda por todas partes me pregunta qué libro me llevaría a una isla desierta, mi respuesta suele ser rápida: cualquiera de Mark Twain. Pero ninguna novela de tan ilustre escritor merecería semejante privilegio, a excepción tal vez de Huckleberry Finn que junto a Moby Dick son las dos obras cumbre de la literatura norteamericana. No obstante, yo menciono a Twain porque siempre tengo en mente algún compendio de artículos suyos. Por ejemplo Las tres erres, edición seleccionada por Maxwell Geismar y publicada en la colección Punto Omega de la editorial Guadarrama. Es un libro que suele acompañarme en los viajes, pues su lectura resulta de lo más estimulante. El pobre está que se cae a trozos y al abrirlo siempre acabo cazando hojas al vuelo, despegadas de tanto leerlas. Así y todo no puedo desprenderme de ese libro, me tiene fascinado por su palpitante actualidad al atacar con maestría tanto el autoritarismo político como el fanatismo religioso o la opresión colonial de finales del siglo XIX, situaciones que se reproducen hoy en día con gran fidelidad.

Digo todo esto porque se me ha presentado una disyuntiva: acabo de leer otro libro que podría muy bien acompañarme a esa hipotética isla desierta. Me refiero a La raíz del BAMBÚ de Celso H. Agretti, digno del mejor Mark Twain, repleto de aforismos que no han de envidiar nada a los del mismísimo Stanislaw Jerzy Lec, ese polaco genial que nos electrizó con sus famosos Pensamientos despeinados.

Agretti es un Lec de aquí mismo, un Mark Twain de la actualidad, y de su pluma salen sentencias repletas de humor, ironía y lucidez. ¡Qué gran combinación! Todo ello mezclado mediante una combinación sublime con las pinceladas de costumbrismo y esa manera tan especial de detallar los lugares, las situaciones y los personajes que nos lleva a hacernos cómplices de cada historia.

Lo mejor de todo es alcanzar tan fácilmente esta complicidad. Digámoslo sin ambages: La raíz del BAMBÚ de Celso H. Agretti es una de las formas más estimulantes de leer disfrutando. Poesía, acidez, relato, humor y

filosofía se dan de la mano en uno de los combinados más atrayentes que recuerdo. Digno sucesor de Mark Twain y de Stanislaw Jerzy Lec, este autor tiene todos los números para que me lo lleve a una isla desierta.

Joan Mateu i Martí
(Escritor; cuentista y poeta)
BARCELONA (España); 23 de octubre de 2011

UNAS PALABRAS PARA EL AUTOR

¿Que se hace con los recuerdos?

Que se hace con su presencia inquietante. ¿Cómo hacer de la imagen actual de ruinas un relato sobre la casa de los tíos en la infancia?

Celso tiene el coraje para escribir desde los recuerdos; Y esa magia de pintor para que sean visibles; para que quien lea pueda representarse "ese" lugar, "esos" personajes a los que el paso del tiempo no los ha desgastado. Están allí, tan vivos y presentes, tan iguales antes del tiempo.

Porque lo pasado sigue hasta en los poros. Memoria narrable e inconsciente a la vez, el cuerpo tiene una lucha permanente con los recuerdos, bellos, atroces, nunca indiferentes a lo que -lábilmente- otorgamos la creencia de ser "el presente".

Y allí, en ese espacio donde las palabras hacen retroceder la devastación de lo perdido, anda Celso con su escritura que logra imágenes fotográficas. Con la curiosidad perenne de la mirada de niño.

En La raíz del BAMBÚ brotan sus páginas pintando su aldea, y sigue escribiendo de sus días irreversiblemente felices.

Con afecto y admiración;

Eduardo Francisco Coiro.
-Editor de INVENTIVA SOCIAL.

Café Literario Juan Carlos Medina

Tener el privilegio de ser testigos de la producción del libro: "La raíz del BAMBÚ", es un beneplácito para el grupo del Café Literario: "Juan Carlos Medina", el cual es jerarquizado con la participación de CELSO H. AGRETTI; nuestro colega, amigo, e integrante del mismo.

Poder disfrutar de sus páginas, deleita y eleva el espíritu; pues sus obras, nos enseñan a ver lo bello de la vida, a compartir tiempos y momentos placenteros, a través de su lectura.

La ficción se enriquece con experiencias de vida, finales abiertos, descripciones y diversidad de recursos, que nos llevan a reflexionar, a la recreación, a las emociones y a avivar sentimientos.

En cada palabra de: "La raíz del BAMBÚ", se nos presenta la posibilidad de repetir vivencias, y evadirnos, a través de la imaginación, e ir a un mundo de realidades y fantasías.

Felicitamos al autor, por esta creación literaria, en la que se aprecia diversidad de temas, y le agradecemos el habernos hecho partícipes de sus éxitos...

INTEGRANTES DEL CAFE LITERARIO: "JUAN CARLOS MEDINA"

Reconquista, SF; Septiembre 30 de 2011

LAPACHOS FLORECIDOS

En memoria de Juan Carlos Medina

En una de sus postreras reuniones del Café, Juan Carlos nos había propuesto que

escribiéramos sobre el tema de los lapachos en flor, justamente en aquella primavera nefasta, que terminó por llevárselo tan inesperadamente y para siempre... Quería que dejáramos retratada una postal en poesías diversas, de aquellos hermosos colores, de sus aromas, y de los sentires con que podrían motivarnos, a quienes manifestábamos asumir el compromiso de escribir sobre nuestra aldea; pero la mayoría dejamos pasar aquella primavera aquejados por su ausencia, y el tema quedó, al menos para mí, pendiente como un desafío inconcluso..., pero siempre vigente, y renovado en cada primavera que se fue sucediendo.

Si lo esencial es invisible a los ojos, lo bello es gratuito al espíritu; así al menos me hubiera dicho mi abuela, siempre oferente de sus consejos y sus sentencias. Pero mi abuela en sus tiempos no se hubiera referido a los lapachos, al menos no a nuestros tan erguidos y coposos gigantes en flor; porque en aquellos días cuando ella venía, poquísimas veces, muy de vez en vez, al paso gallardo de los caballos de aquella volanta graciosa y escuálida; lo que veía bordeando las calles hundidas, cubiertas de polvo, eran paraísos amarillentos, y deformes por las podas urbanas, que convertían sus ramas en miembros mutilados, que impotentes, ellos mostraban al cielo como una silenciosa y desgarrante protesta...

Todo aquello duerme en mis recuerdos, y sólo surge entre la niebla del tiempo, cuando por momentos vuelvo a ser aquel niño, y me mezclo entre sus sueños; pero me yergo y contemplo el paisaje, que Dios me regala en cada primavera.

¡Qué lejos quedaron aquellos nudosos paraísos!

Hoy cuando pasamos por nuestras calles actuales; no ya portados por mansos caballos de tiro, sino en modernos vehículos confortables y silenciosos, nos sorprenden los gigantescos lapachos, florecidos en una gama esplendorosa, que nos hinchan de alegría el pecho, por el goce de tenerlos en ese arbolado tan sereno y majestuoso.

No es sólo su sombra, no es sólo su porte ornamental e imponente; es sobre todo su generosa compañía, que como diría mi abuela: como todas las cosas que son verdaderamente hermosas, son gratuitas al espíritu...

Deduzco que somos una generación, que obtuvo, y puede exhibir un logro elogiado, al ser posible que caminemos hoy a la sombra de estos soberbios guardianes; y pienso también que adornar nuestros paseos, calles y plazas, con un arbolado que asemeja cortinas luminosas, como una caricia de frescura y color, con ejemplares arraigados como nosotros a este suelo norteño; no sólo denota el cariño tributado a nuestra flora, sino también un mensaje altruista que grita nuestra fe en nosotros mismos. Y por sobre todo, devela un gran respeto humano y ofrece un verdadero mensaje, para cualquiera que nos visite, y transite a través de estas calles y avenidas, vestidas de flores, que en cada primavera, tributan generosamente, a la vida.

13/04/2010 Reconquista, Santa Fe.

EXPLORACION DE RUTINA

Cuento

Desde muy pequeña ya había advertido que se sentía distinta, diferente a sus compañeras, tan uniformadas y disciplinadas ellas, organizadas y conformes; tan virtuosas, trabajadoras silenciosas e incansables, y obedientes obre todo. No es que ella las cuestionara o que no supiera valorar los logros evidentes de la comunidad; tenía que aceptar, que el orden del conjunto era la base de la armonía y el confort de que disfrutaban. La seguridad social y la justicia, afloraban aún sobre otros tantos logros que disponían copiosamente. Así y todo, se fue definiendo como una criatura analítica, razonando hasta sin querer, sobre diversos temas, viéndolos al derecho y al revés, buscando una forma de mejorar todo aquello, aunque fuera en los detalles. Meditar estaba en sus vísceras, no podía evadirse ni aún que tratara, lo hacía naturalmente, sin dejar sus tareas ni menguar el paso, que la jornada le exigía como a todas, obreras o ejecutivas. Hubiera querido soñar, volar, imaginar otros mundos, otros seres, otras formas de vida.

Veía que a las demás, todos esos temas las tenían sin cuidado. Nunca un cuestionamiento, ni una queja o al menos una propuesta, ni siquiera un comentario. Llegó a creer que era la única que tenía la capacidad de razonar, de tener un deseo, de sentir el dulzor de un sueño.

Echaba sobre sus espaldas la pesada carga, y como cualquiera, emprendía el sendero ondulante, sinuoso, llano por tramos, áspero, bordeado por tallos retorcidos, hojas cortantes, raíces salientes, a veces tan grandes que había que treparlas y sortearlas con gran esfuerzo, conservando intacta la carga. Otras veces eran enormes grietas o zanjas, y todo tipo de suelo y fuertes solazos o ventarrones que pugnaban por arrastrarlas.

No era nada fácil, ni para ella ni para las demás. Apenas descargadas, volver a salir en busca de más provisiones, materiales o materia prima. Una vez más el transitado sendero. Eso no era todo, la jornada era larga, interminable, de sol a sol. Solidarias y socialmente formales, eran cuidadosas en sus relaciones

comunes, y se reconocían y saludaban reverentes, al cruzarse con las compañeras que regresaban, invariablemente por el mismo sendero. A veces encontraba esta ceremoniosa costumbre algo cansadora, ya que debían repetir el saludo cientos y miles de veces en una jornada. Se sumaba el riesgo de extraviarse si perdían contacto con la fila; máxime cuando designaban algunas en una misión exploratoria, en áreas desconocidas, siempre buscando nuevas fuentes de aprovisionamiento.

Esta tarea era por lejos, la más peligrosa, arriesgada, y la más exigente; podía tocarle a cualquiera, ya que no había diferencias ni era de esperarse privilegios o favores, y menos aún, que advirtieran en una cualidades o vocaciones, ya que supuestamente nacían y crecían iguales, casi clonadas una de otras. Ella estaba convencida de ello. Quizás la conclusión era que se podía vivir, con un poco menos de sacrificio, con más reconocimiento, y más espacio para un desarrollo individual, que despertara la creatividad, las artes y el esparcimiento, sentirse individuos, obtener logros personales y poder volar con la imaginación, sin que fuera considerado un pecado social.

Le tocó un día nublado, en que era más difícil ubicarse cardinalmente; pero estaba acompañada por un pequeño grupito de compañeras, en las que confiaba solidariamente. Iba adelante. Dejando el sendero conocido doblaron a la izquierda, luego a la derecha, y otra vez a la izquierda; siempre buscando la tierra prometida de la ansiada abundancia. Las demás registraban memoriosamente, el mapa para el camino del regreso.

El entorno cambiaba gradual. o abruptamente, ello no conseguía distraerlas del objetivo, que era cumplir con la misión encomendada, aún que esta vez se habían alejado mucho más de lo habitual. Los pastizales crecían tan altos que hacía rato no veían el cielo, y el suelo se había convertido en una pendiente trabajosa y empinada. En la cima una larga barrera a pique, infinita y alta, les cerraba el paso.

Pero no habían llegado hasta allí para detenerse en un obstáculo, por más intimidante que fuera. Empleando su fuerza proverbial y sus cualidades físicas sorprendentes, una a una treparon y treparon con todo esfuerzo, pero como si fuera lo más natural, hasta llegar a la cima. Arriba se sorprendieron de algo que jamás habían visto. Un piso liso, una franja metálica, pulida como un espejo, mucho más ancha que uno de sus senderos y tan largo que se perdía en el lejano horizonte.

Para su percepción del mundo, para su visión de pequeñas hormigas cortadoras, por más exploradoras que fueran esta vez, aquello las desconcertaba. Se miraron entre sí, y comenzaron a temblar, cuando aquel riel de la vía tembló, anunciando la inminente llegada de un tren. Y menos pudieron saber, que estaban justamente enfrente, de una de sus estaciones. El temblor iba creciendo y a lo lejos una silueta frontal crecía vertiginosamente.

Sin saber que hacer, las demás retrocedieron llenas de pánico, mientras ella permaneció heroicamente en su puesto, quizás inconsciente del tamaño y la contundencia del peligro, que se cernía sobre ellas. El monstruo se acercaba gimiendo y resoplando, como un gigantesco dragón de acero.

El tren mermaba su andar, mientras se arrimaba cada vez más lento, entre nubes de vapor blanco y bocanadas de humo negro. Iba a aplastarlas inexorablemente. La hormiguita levantó una de sus patitas para defenderse, cuando la gigantesca rueda le llegó encima, y hasta pudo verse reflejada un instante, en el espejado rodamiento redondeado. Vio su patita chocar con ella; justo en el momento en que el tren se detenía; aunque permaneció bufando, como si jadeara por el esfuerzo...

Sugestión o engaño, desde donde estaban, todas creyeron ver lo mismo.

Asistieron a cómo su valiente compañera, enfrentó al monstruoso y gigantesco aparato y lo detuvo, con sólo levantar una patita.

La aclamaron con auténtico entusiasmo, y locas de alegría se volvieron a contar el milagro, y cantando la llevaron de vueltas en andas por el sendero que llevaba al hormiguero.

En poco tiempo todas supieron de su heroísmo, y fue declarada ilustre con todos los honores. La reina quiso que le contara una y otra vez de su proeza, que corroboraban sus compañeras de hazaña, incluidas en el aura de gloria que envolvía desde ahora a la pequeña heroína, que se cubrió con un manto de laureles.

Logró al fin ser considerada distinta, diferente, como ella presentía ser, desde que tuvo uso de razón, desde cuando era horminiña...

También despertó en otras, sentimientos e intereses contrarios. Algunas se encolumnaron con una, que pronto mostró su disgusto, por la distinción que prodigaba el hormiguero, a este nuevo paladín que surgió, seguramente por un golpe de suerte...Era cuestión de encontrar la forma de desenmascararla, de quitarle el halo que le habían entronizado...No era nada natural, ni podía aceptarse así como así, que alguna se destacara de las demás.

Confabuladas llegaron a las vías y esperaron una y otra vez, una nueva arribada del tren a aquella estación, ya que de golpe habían aprendido a deducir, aprendido a pensar, bien o mal, apuradas por la imprevista competencia del odioso destacarse de una semejante; y eso les hizo comprender aproximadamente, como funcionaría aquello. Ahora sospechaban que el monstruo por más terrible y gigante que haya sido, se había detenido porque debía detenerse y no por la fuerza ni el coraje de la nueva y famosa vedette. Iban a demostrarlo y destronarla, o quizás podrían luego usarlo, para igualar el mérito y los honores, que ella había alcanzado.

En el mismo escenario se repetía la escena, y sintieron también temblar el riel, lustroso y brillante contra el sol de la tarde, y también vieron la oscura silueta agrandarse entre nubes de humo y vapor, rugiendo como un dragón encabritado.

Era una visión del averno, aterradora; imposible desde sus pequeñeces de hormigas, no sentir pavor. Pero ya conocían el truco, y contaban con que el tren se detendría allí, frente a la estación; donde incluso veían vagamente, fuera de foco, gente en movimiento que esperaba.

Detrás, una pequeña multitud había tomado posiciones en la lisa ruta de acero, para contemplar el evento; y aclamaban alentando a los nuevos líderes que surgirían en unos instantes. La comunidad de iguales de aquel hormiguero, se estaba despertando, y quizás todo comenzaría a convulsionarse, a partir de aquella gesta de la que eran históricas testigos.

Vieron acercarse más y más la temible rueda delantera, mil veces más grande que todas ellas; y aún sabiendo el truco, mostraban el valor de su estirpe, y también vieron que el avance se iba frenando, que el monstruo se detenía, tal como habían calculado.

Pero para el tren, metro más o metro menos era lo mismo, no importaba ninguna precisión, el andén era largo, y esta vez paró unos metros más adelante, quizás cinco o seis; pero bastaron para consumir, una involuntaria masacre hormiguística...

Nadie corrió, ni se escucharon sirenas ululantes; ni la gente que se agolpaba en el andén, ni la que desocupaba los vagones, ni la que aguardaba para abordarlos, nadie escuchó nada. Nadie advirtió la tragedia que acababa de ocurrir, a pocos pasos de ellos...

Sólo se salvaron dos o tres hormiguitas, coloradas y temblantes, que apenas pudieron encontrar el sendero y volver al hogar, donde llorosas y apesadumbradas, contaron del triste final de estas nobles y valientes compañeras, que, aunque equivocadas, trataron de demostrar una arriesgada teoría, que costó tantas vidas al convulsionado hormiguero...

Después del luctuoso suceso, la afortunada heroína fue más aclamada que nunca, ya que su mérito era ahora indiscutible...

DE TUERCAS Y MOTORES

El taller del gordo, le decíamos. Todos lo conocían así. El taller y la casa de familia estaban casi lindantes a la nuestra, a no ser por un pequeño predio, con un elemental lavadero de vehículos. Ocupaban la esquina, aunque allí le agregaron en

ese tiempo, dos columnas, una pequeña losa, como una visera, y un surtidor de naftas, que nunca tuvo una aplicación muy comercial. No más de un par de veces he visto cargar allí combustibles, a no más que un par de vehículos.

Eran tan pocos los autos y camiones que había entonces en el pueblo, y casi todos de los primeros modelos, hasta incluso la década de 1930. Aquellos de capota de lona y guardabarros acucharados. En la década del cuarenta el mundo estaba en la segunda gran guerra, y recién después del cuarenta y seis se vieron algunos nuevos. Eran escasos, modernos y aerodinámicos en comparación.

Eso trae que mucho trabajo no tendría un taller de entonces; pero también sucedía que había pocos, y los vehículos envejecían rápidamente en aquellos caminos de polvo, o huellones y barrizales, y cada tanto había que reacondicionarlos.

Tampoco el lavadero se ocupó más que alguna vez. Así que nosotros los chicos del vecindario, lo usábamos como patio de juegos, junto a la vereda de gramilla y la calle que de este lado no tenía cuneta, aprovechando que muy de cuando en cuando pasaba alguien.

Un primo de papá, había comprado, un camión "guerrero", un GM color verde oliva, rezago de la guerra, con tracción en las cuatro ruedas. Los días de lluvia, en los que no se permitía transitar para no estropear las calles, pasaba frente a casa transitando por la otra vereda llenas de yuyos, dejando profundas huellas, desgarradas con las tremendas ruedas "pantaneras", en el barro blando.

Los gitanos, que siempre tenían camiones o autos para vender, rejuntados de partes y modelos, solían venir y ellos mismos trabajaban de mecánicos. Nosotros nos acercábamos curiosos y nos reíamos divertidos, de sus dichos y palabras extrañas.

Un ómnibus de media distancia comenzó parar en la esquina, teniéndola como terminal. Desde allí salía en sus dos o tres viajes semanales al norte de la provincia, todos caminos polvorientos y alejados. Nosotros jugábamos, los varones, pateando una pelota de cuero, que solía picar mal, porque la pelota no era del todo redonda, y el suelo y la cuneta, si bien playa, tampoco eran muy parejos. Nuestra práctica era patearla como vengas, cuanto más alta o más lejos mejor, siempre que no pasara el tejido de enfrente. Una siesta pateábamos la pelota de ese modo, mientras el ómnibus permanecía ajeno en el centro de "la cancha", en espera de su partida. En uno de esos piques, volé la pelota con todas mis fuerzas, alto, alto... La pelota giraba descentrada mientras venía cayendo, y cayó justo para romper el vidrio trasero con un espeluznante crujido y desparramo de vidrios.

Corrimos a refugiarnos, pero mi hermano ya "mayor", habló con el dueño y todo terminó felizmente.

Yo comencé a ir por las tardes a "ayudarlo" al gordo. Lavaba las piezas que desarmaba, le alcanzaba una herramienta, o hacía algún mandado. Esas tardes

pasaron a ser muy emocionantes, especialmente por una sobrina que asomaba igual que yo, a los once años; que usaba un prendedor con una margarita en el pelo, y tenía una mirada y una sonrisa que me erizaban la piel... En el barrio había otras chicas con las que éramos también compañeros y vecinos, muy bonitas; pero era ella la que me hacía sentir aquello. Era ella la que me aguardaba para ir a la escuela, esperándome frente a su casa hasta que yo salía, y entonces sentía sus pies de niña alcanzándome, y mirándonos nos sonreíamos, y podría jurar que flotábamos en nubes y estrellas, hasta cerca de la escuela de ella, donde nos separábamos. Al regreso solíamos encontrarnos en la plaza y volvíamos lentamente, flotando..., soñando. Casi no hablábamos, a veces sí, pero nos entendíamos con la mirada. A veces nos demorábamos un momento en un banco de la plaza, contándonos proyectos, o nimiedades; pero antes de llegar a casa nos separábamos. Era tan tímido que no hubiera soportado una pequeña burla de mis hermanos o de mis hermanas, y menos una mención de mi mamá. Después; el tiempo se encargó de desarmarlo todo, pero no pudo borrar ciertas huellas que se graban para siempre.

Así que esas tardes del taller fueron inolvidables.

El gordo, era un ropero, alto y grueso por todas partes. Era grueso su cuerpo, sus brazos, su cuello, su rostro; casi de niño, redondo y oscuro, nariz y orejas pequeñas, cabello muy enrulado y un minúsculo bigote ralo, mínimo, como hecho con un lápiz. Vestía siempre un mameluco, o jardinero azul, y camisa de mangas cortas. Era ceñudo, como de un enojo constante, aunque poco creíble; así hablaba a los gritos, "mandoneando", o mezclando estentóreas carcajadas. Para mí, entonces, tenía una edad indefinida, era un adulto, y además "era grandote", podría tener cincuenta, o cuarenta, como mi papá; pero después supe que no, que era muy joven, recién casado y con una beba.

Estaba armando su propio vehículo, mitad auto, mitad camioneta. En aquel entonces tenía el chasis, las ruedas sin guardabarros, el motor, y muy poco más. No tenía asiento y ponía un par de cajones con una manta para ir con su mujer a Reconquista, o hacer alguna compra. Marchaba después de muchos manijazos, ya que le faltaba el motor de arranque; y llenaba el taller de humo, atronando la calle, ya que casi no tenía escape. Salía sólo una o dos veces por semana, pero estaban casi toda la tarde afuera, dejándome alguna pequeña tarea, y Zuni venía a "ayudarme", pero nosotros sólo sabíamos reírnos divertidos de cualquier ocurrencia. Volaban aquellas horas y de golpe escuchábamos a lo lejos el inconfundible ruido del motor regresando por el fondo de la calle. Espiábamos asomándonos a la esquina, y los veíamos avanzar, como una estrambótica araña de dos cabezas, arrastrando un remolino de polvo blanco y humareda azul, brincando con los barquinazos de la calle...

Una tarde, en que el gordo optó por silbar partecitas de un chamamé, mezclando carcajadas y expresiones de su Goya natal, mientras desarmaba un carburador,

de un camión roñoso, modelo del 35, que íbamos a desmantelar para reconstituirlo, incluyendo pintura completa; llegó un criollo en una alta jardinera de dos crujientes y esqueléticas ruedas, casi como el viejo y sufrido caballo blanco, que mostraba sus huesos tanto en el anca como en la cruz.

Ofrecía un motor de arranque "en buenas condiciones", que vaya a saber de donde lo habría obtenido el hombre, por sólo veinticinco pesos. Era barato. Y el gordo lo necesitaba como el agua para su "chatita", como él aseguraba que terminaría siendo. Nuevo, ni soñar. Aquella vez todo era usado. Todo tenía valor. Todo se vendía. Un guardabarros de auto, de bicicleta, el volante de una máquina de coser, un destapador de vino, una mecha, un bulón, lo que sea...

-Eso sí, lo podría traer la semana siguiente...,- Porque no lo tenía consigo.

-Está bien...- Dijo el gordo, sin mostrar la impaciencia que sentía...

A la semana cayó el hombre, con la misma jardinera, y milagrosamente con el mismo caballo; y sin decir palabra le mostró la preciada pieza, enterita, bien presentada...El mecánico la acunó casi, la vio perfecta; se le había dado justo... Pero con toda indiferencia sacó del bolsillo veinte pesos, y pretendió pagarle; pero el hombre puso cara de disgusto..., y frunciendo el cejo le dijo:

-No mi amigo, un trato es un trato; quedamos en veinticinco pesos...

-No; usted está equivocado, quedamos en veinte...

Y así discutieron, para sorpresa del criollo, que no esperaba que le salieran con eso. Que sí, que no...

El tampoco quería perder la operación.

De pronto tuvo la idea salvadora...

-Allí está el chico...- Se refería a mí, por supuesto. -El puede decir cuánto era... El gordo me miró y ví su cara iluminada. Tenía el árbitro de su lado. El chivo cayó sólo en el lazo, el viejo no pensó en eso...

Pero vi la mirada del viejo. Parecía decirme que confiaba en mí. El no podía concebir que YO pudiera defraudarlo. El parecía saber que era un chico honesto, limpio...; pobre viejo...

Y yo no lo defraudé.

Miré la cara aniñada del gordo, no bajé la vista para nada..., y le dije:

-No, Don Raúl, eran veinticinco pesos...-

El mecánico, se aguantó las ganas de gritar, de zapatear..., y sacó del bolsillo lo que faltaba, y le dio al criollo su plata...

Sé que fue justo, pero todavía me asombra mi actitud de aquella tarde.

Creo que el primer impulso del gordo, habrá sido comerme crudo; luego, seguramente, no se sintió muy orgulloso delante de mí, por su intento. Hasta creo que terminó valorando la actitud del pequeño Quijote.

Epílogo:

Más de veinte años después, cuando comencé a pasar los domingos en la balsa cruzando el río Paraná, para cubrir la gerencia del banco en Mercedes; me pareció verlo sentado, en cubierta, afuera de la sala de máquinas. Igual. Todo igual... Como si estuviera delante del mismo gordo, de la misma edad de aquellos tiempos

Titubeante, me acerco y sintiéndome descolocado, recordando su apellido, le pregunto:

-Perdón, pero Ud., ¿Podría ser de apellido Lorenzo...?

Levantó su mirada con dudas...

-Si. ¿Por...?

-Y tiene un hermano mayor... ¿De nombre Raúl?

Soltó su clásica risotada...

-¡JA, JA, JA...! ¡Yo soy Raúl!... - ¿Y vos?...

No lo podía creer, ¿Y los más de veinte años... dónde los había dejado? Le dije quien era. Quiso saber de mi madre, de todos nosotros. Ambos nos reencontramos con un trozo de vida, aquel domingo de sol y de río: y muchas veces nos volvimos a sentar hablando, pero juro que nunca me animé a preguntarse por la Zuni, su pequeña y hermosa sobrina.

JOSECITO EL CARPINTERO

Su carpintería estaba a unas ocho cuadras sobre nuestra misma calle. Papá me había mandado con una pequeña notita, me parece que a cobrar un flete de maderas. Me iba de mala gana y refunfuñando, ya que hubiera querido quedarme con mi hermano mayor, Audino, ayudándole a pintar las llantas del camión, que comenzaban a lucir rabiosamente amarillas; pero una vez en camino me divertía ir entretenido con el paseo, en aquella mañana radiante de sol.

Era la penúltima calle del pueblo, de tierra, con no más de una docena de casas a lo largo. Las cuadras estaban alambradas o con tejidos, casi todas sembradas como pequeñas chacras: media cuadra de algodón, un sitio de maíz, huertas con zapallos, mandiocas, arvejas, o pequeñas quintas de duraznos, pomelos, o naranjas. El paisaje se completaba con la brisa y un silencio salpicado de trinos dispersos y apagados. Escuchaba en un ir y venir la propaladora del centro, con

frases traslapadas, con un parloteo de ecos inentendibles y lejanos.

El galpón parecía pequeño debajo aquella morera gigantesca y umbrosa, con su copa tan verde y tupida, rodeados además por plantas de pomelos y limoneros, en el sitio detrás de la casa. Empujé el portillo, y no vi de donde surgió un enorme perrazo que en un instante estuvo sobre mí, ladrando embravecido, con sus fauces abiertas, dispuesto a tragarme. Yo con mis ocho años no atiné a nada, paralizado por el terror... Pero, en el salto final quedó congelado en el aire, sujetado por la cadena, que corría a lo largo de una maroma que atravesaba el patio. Luego de forcejear, quejumbroso se volvió al trotecito, a tirarse entre los pomelos caídos debajo de las plantas.

Allí he visto la colosal silueta del carpintero recortada en la puerta, en su acudir presuroso, con sus herramientas en la mano. Adentro un banco de gruesas maderas, mazas, formones, y por todos lados: tablas, tirantes, tacos y sobre todo virutas y aserrín... El polvo en suspenso de tan denso, reflejaba los chorros de luz que entraban por la ventana, por la puerta y por algunos agujeros del techo de chapas... No sé que me dijo mientras volvía a su trabajo. Yo lo miraba cepillar un grueso tirante, ejercitando sus fuertes brazos sin mangas, con brillos de sudor. Detrás en el suelo, una cabriada a medio armar, esperaba seguramente el madero que Josecito estaba aprestando, con tanto fervor que yo lo miraba embelesado, mientras finos rulos surgían del alisado, e iban cubriendo el banco. Hoy diría que se parecía a Antony Queen, por su aspecto de gigante rubio, pelo ralo, de gesto aquietado, y su modo afable, imponente y campechano. No hablaba mucho, ceñudo, parecía enfadado, pero sorprendía con una risa escueta, que mezquinaba. Esa mañana lo vi reírse, y mucho. Sin querer tropezó con el gato que se había agazapado entre los retazos del suelo. Debe haberle aplastado la cola al pobre. El maullido fue interminable y estremecedor, mientras saltaba como un resorte, del suelo al banco, al estante, y de allí a la ventanita trasera por donde salió como un relámpago, pero antes tumbó un tarro de pintura colorada, que se hizo una pasta en el suelo con el aserrín amontonado. Afuera se debe haber topado con el perrazo, por los ladridos y las disparadas. Josecito entró a reírse sin poder parar por un buen rato, pese a la pérdida de la pintura. Y yo con él; y creo que desde ese día, nos hicimos amigos...

Se advertía que no estaba muy en armonía con la sociedad, al menos con la más cercana; la gente que tenía preeminencia en los estamentos de aquel entonces, en nuestro pueblo, para él acusaba de fallas imperdonables. Que la cooperativa agrícola, que asociaba a más de mil familias de productores agropecuarias, según él estaba arbitrariamente dirigida y había quienes eran perjudicados, mientras que había otros con privilegios de amistad, o de familia, o de otros intereses. Lo mismo pensaba del párroco, que con un par de familias transcendían sobre la moral de todo el pueblo y la colonia, y se inmiscuía en todas las decisiones. Esto era como estar en contra de todo, por la absoluta incidencia que tenía en la vida

del común de la gente.

Tendría entonces unos cincuenta años, pero manifestaba la inconformidad y rebeldía de la más briosa juventud. Creo que volcaba esa adrenalina en el trabajo, que encaraba con dureza y responsabilidad.

Para los desbastes más gruesos, los cortes más grandes, contaba con el aserradero de la familia de su mujer. Los cuñados disponían de herramientas más pesadas e industriales, por lo que solía ir él allí a hacer esas labores, casi a diario. Pasaba por casa, temprano en las mañanas, a grandes pasos; cargando al hombro un par de tirantes, tablones o distintas maderas, ya que el otro taller estaba a otro tanto de casa, pero al otro lado del pueblo. Para cualquiera hubiera sido una carga más que pesada, pero para su tamaño y su fortaleza, parecía no afectarlo en lo más mínimo, ya que caminaba presto y como si no pesara gran cosa.

Pero había otra razón para tomarse todo ese trabajo. Entre taller y taller, él hacía un pequeño rodeo, tres o cuatro cuadras y pasaba por el bar del Club de bochas, donde Vicente atendía el bar, y si bien a esa hora estaba cerrado, tocaba dos o tres golpecitos, y le abrían para que se desayunara, mandándose al colete tres copas grandes de fernet Branca, fuerte y puro; que era el combustible imprescindible para iniciar su jornada. Al regreso hacía lo mismo. Su alcoholismo se hizo más y más exigente, se fue agravando; y en pocos años cayó a lo más profundo del pozo. Estuvo muy enfermo y terminó hospitalizado, de donde salió renovado y haciendo votos de que nunca más probaría bebidas blancas... Y poco a poco las fue reemplazando por cervezas. La cantidad que tomaba era proporcional a su tamaño, o a su fuerza. Era increíble. Vaciaba decenas de botellas por día. Pero la verdad parecía que para él eso era el mejor remedio, nunca lo he visto ebrio, ni que le afectara, o al menos, no que se notara.

De tanto en tanto me llamaba para que lo ayudara con sus liquidaciones de impuestos y demás anotaciones. Iba a su casa a la noche, y mientras yo peleaba con sus apuntes, él acarreaba porrones de cerveza desde el "boliche" de la esquina. Me consta que en esas horas tomaba más de una docena. Yo tenía que acompañarlo, pero no le llegaba ni a un décimo. Y él seguía tan fresco y lúcido como siempre.

Era a fines de los años cincuenta y tomó el trabajo de hacer la nueva puerta principal interna del templo parroquial, que casi toda la década estuvo refaccionándose, junto al nuevo campanario que agregaba la nueva elegancia de su afilado pináculo, lo que le confería un depurado estilo neo-gótico, con los relojes y la gran cruz del remate en lo alto. En la inmensa puerta de madera clara, de Raúl chileno, tuvo Josecito que labrar sus ornamentos en relieve: un par de escudos, columnas y capiteles, que cinceló con maestría. Necesitaba que yo le dibujara las formas y los perfiles, para seguirlos luego con sus formones y gubias, y así labrado un perfil dibujaba yo el otro lado, y él los iba terminando. Puse mi pequeño grano de arena, al lado de él, que perdurará creo en ese

monumento, por muchísimo tiempo, aunque no lleve allí ninguna firma. El párroco de aquellos tiempos, el Pbro. Celso Milanessio, patriarca indiscutido de la comarca, en sus gentes y en sus bienes, era el artífice de lo que lograba la comunidad, de él y de los colaboradores más cercanos. Siguiendo su concepción de la remozada imagen del templo, externo e interno en detalles, le ayudé dibujando distintos artefactos, entre ellos candelabros de pared, de lo que aún algo queda; no en sus sitios ni ornamentos, y sin las tulipas originales. No sé porque Josecito se cansó de tan noble profesión, un verdadero carpintero y ebanista; como dice la zamba... "lindo oficio, ¡Quién lo pudiera tener!" Así que, un día, decidido, cambió de rubro. Se planteó un giro, una actividad distinta. Fabricar mosaicos. Pasó del día a la noche. ¿Qué podría atraerle un trabajo doblemente duro, exigente, tosco; pasar de la madera tan noble y cálida, a la cal, cemento, arena y a accionar una prensa manual de hacer mosaicos, tirando a músculo puro, el volante de tornillo, para el moldeado de cada pieza; unas doscientas o trescientas veces en el día, para ganar un módico sustento? La prensa que compró era una máquina vetusta, que reemplazaba la empresa donde yo trabajaba entonces. No sólo por vetusta, sino porque esos mosaicos calcáreos ya eran reemplazados por los graníticos y luego por las cerámicas. Pero él siguió con verdadero tesón adelante con su nueva actividad, en buena hora ya que los cambios se dieron despacio, y lo suyo tuvo vigencia muchísimo tiempo. Hubo veces en que me hizo confidencias de sus años mozos, y de aún después. Confidente yo..., que aún no cumplía los veinte; pero lo escuchaba, porque veía que debía decírselo a alguien... Tenía su lado blando, romántico. Me habló de un gran amor, no sé si de soltero o de casado, sé que por algo aquello era "non sancto", con una directora de una escuela señera; pero hacía años ella volvió a sus pagos de origen y sólo quedó el olvido. Volvió una vez en un acto conmemorativo de la escuela, muchos años después, por unas pocas horas. Yo la vi en el palco, una señora elegante, distinguida, pero entonces yo no sabía quién era. Era un chico todavía. En cambio él no pudo, no recuerdo por qué; pero lo lamentaba todavía profundamente. Conocer ese aspecto del hombre tan duro que yo veía en él, desde aquella mañana que pisó el gato, me desconcertaba, y al mismo tiempo me alegraba, porque adivinaba un espíritu sensible y en el fondo triste, totalmente humano...

Una tarde me mostró dos varillas de madera dura, secas y griseadas por la intemperie, que estaban entre otras maderas en la pared trasera de la casa, madurándose al sol.

-Son de lapacho- me dijo- lleva años para hacer lo que quiero.- De estos palos van a salir dos tacos de billar que van a ser únicos..., uno es para vos, y el otro para mí...-

Sopesé la madera, me imaginé cómo sería desbastada, pulida, y contrapesada; pero íntimamente dudé que aquello pudiera llegar a ser lo que él prometía...

-Tanteé el peso, cuando esté balanceado, vas a ver...- me decía con los ojos brillantes, ilusionados. Y volvió a depositar las maderas contra la pared... -Pero requieren estacionarse más todavía...-

Pasó mucho, mucho tiempo, y un día los tacos, estuvieron listos; me los enseñó terminados, como había predicho: eran de una sola pieza, no desarmables; pero prometían un golpe como a veces soñamos tener los billaristas, en un taco ideal -Elegí el tuyo...- dijo pasándome ambos. Pero yo no acepté, y tuvo que darme él uno de los dos.

Jugamos algunas veces juntos en el Círculo, gozándolos ambos. El mío era ligeramente más fino, con más peso atrás. Me dio el mejor. Otro lado suyo era la nobleza...

Pero al tiempo sus salidas no eran más que promesas, excusas, postergaciones. Josecito estaba decayendo. Sé que no se sentía bien, y dejó su empeño para más adelante, cuando volviera a sentirse mejor.

Hasta que un día, años después, me dio también el otro taco.

-Tenelo vos, en cualquier momento te lo pediré prestado...- Sentí un gusto amargo, no en la boca, sino en medio del alma...-A veces vas a querer cambiar... tenelos, siempre...-

Y siempre fueron mis tacos. Jugué años. A Josecito lo empecé a ver cada vez menos. Luego entré al banco, y tuve que irme y radicarme en otras ciudades, en otras provincias. Fui dejando de jugar, absorbido cada vez más por nuevas obligaciones y otras amistades.

Josecito murió estando yo lejos, incluso me enteré mucho después. Lo sentí mucho, pobre amigo, quizás haya querido verme por última vez, y tal vez yo estaba muy ocupado...

Los tacos los perdí, hace años, y no pude recuperarlos, por más que sigo intentando rastrear su derrotero, le he pedido a amigos que me ayuden, pero sin lograrlo. Habían quedado en la parroquia, en poder del hermano Rogelio; pero un día las mesas se vendieron con todos los tacos. No sólo los míos, varios amigos tenían los suyos en las mismas condiciones. Las mesas y los tacos cambiaron de dueños, una y otra vez, y por el momento no logramos localizarlos.

Me gustaría volver a tener mis tacos, SUS TACOS, como trofeo de amistad, como trofeo de la vida. El hubiera querido que los tuviera SIEMPRE, aquellas maderas nobles, labradas con sus manos toscas, curtidas con honradez.

Avellaneda Santa Fe; 20 de julio de 2010. (Día del amigo)

LA ESQUINA DE LOS VIENTOS

De cuando en cuando una ráfaga de viento se arremolinaba, en la esquina que daba a ambas calles del frente del solitario edificio de departamentos, haciendo girar nubes de polvo que solían durar poco más que un suspiro. Quizás ocurría tan frecuentemente por la forma del edificio, o tal vez por lo sólo que estaba en medio de un barrio de casas bajas, con la monotonía de sus frentes conservadores, llanos y sencillos; o por la orientación de sus calles, o vaya a saberse bien por qué...

Los remolinos, aunque fugaces, a veces molestaban por el polvo y la suciedad que levantaban, a veces despeinaban o jugaban picarescamente con alguna pollera desprevenida; que hacía recordar aquellos versos del cancionero criollo : ..."con su pollerita al viento, que linda va..." Parecía que el viento fuera en verdad un duende travieso, que lo hacía para divertirse, en el momento menos esperado, molestando sagazmente a sus dueñas, y su silenciosa carcajada burlona se perdería seguramente, en las susurrantes volteretas de hojas y papeles, que tras un súbito giro tornaban a posarse ligeros, tras su breve y revoltoso devaneo. Veloces e inconscientes, quienes eran atrapadas por el juguetón diablillo, malvado y etéreo, invariablemente se apresuraban a sujetar los volátiles pliegos, bajándolos veloces con sus manos, y doblando ligeramente ambas rodillas, en una lucha graciosa y sutil, por recomponer su donaire, y tratar de seguir como si nada hubiera afectado su gallardía femenina.

Juliana, que pasaba por la vereda de la esquina de los vientos, se vio súbitamente envuelta en uno de esos inesperados revuelos, y no fue lo suficientemente rápida en sus reflejos, o su amplia y primaveral pollera era tal vez demasiado liviana e inestable; y antes que pudiera reaccionar, se había levantado tanto que le cubrió la cara con el ruedo, y le pareció que transcurría una eternidad entre suspiros y manotones, para conseguir que bajara flotando alegremente...

Paralizada, miró instintivamente a su alrededor, con sus ojazos verdes muy abiertos, y sus brazos bajos ahora sí, sujetando su díscola pollera, con la secreta esperanza de que nadie lo hubiera reparado, o que nadie estuviera mirándola. Todo su campo visual permanecía inmutable. La gente entraba y salía del banco en la planta baja, toda vidriada, sin signos de cambio alguno, como si nadie absolutamente, lo hubiera advertido en lo más mínimo.

Se relajó como un resorte soltado de repente, con marcado alivio, exhalando un suspiro tan profundo, que casi podría haber competido con la ráfaga de viento que terminaba de envolverla. Tan sensible era que se sintió culpable sin saber de qué, como si por un instante se hubiera enredado en un grave delito.

Todo había durando un instante, y pasado antes de darse cuenta; pero se le

ocurrió la sensación, de que habría podido ser algo así como un bochorno, un papelón, si alguien cercano la hubiera visto, tan expuesta, en desmedro de su grácil y casi arrogante caminar de gacela, tan prolija y elegantemente bella y delicada.

Un leve temblor en sus labios pretendía delatarla...
Al final, el rubor le agregó hermosura...

PEQUEÑA HISTORIA DE AMOR

I

Seguramente en los años cincuenta, Salta ya era "La Linda", con sus cerros pintorescos tan vestidos de verde, rodeando la ciudad; sus caminos de cornisa donde uno suele humedecerse de nubes, ver los valles ondulados con aquellas vaquitas diminutas como pintadas, pastando; y saliendo de una curva angustiosa los reflejos de un prístino lago, con un dique de juguete.

Entonces ya, como siempre ha sido, el tierno corazón de una colegiala ensaya atropelladamente los primeros escarceos, de un galope estremecedor en un immaculado pecho infantil, prendado de un primer amor. Amor que nace con la ilusión de ser amada, un amor que nace como un juego que casi no se puede ocultar, y al compartirlo parece que se agranda, que ocupa todo el mundo. Eso le pasó a la pequeña Paola, aunque podría ser, o quizás era, a cualquiera de las demás de esa escuela, y de todas las escuelas del mundo; pero sucede que por esto que relato, aquello tan común e inevitable, pasó a trascender en el tiempo de este modo.

Podríamos decir que son cosas de chicos, que es un juego inocente que más o menos nos tocó a todos; pero para las monjas que regían el colegio de varones y niñas anexo a la basílica franciscana de la capital salteña, esas cosas eran censurables e impropias de niñas o niños de bien. Sería una travesura coquetear o presumir, y era posible que el objeto del deseo nunca llegara a enterarse, que no pasara de una sospecha pero aún así, no dejaba de henchir el pecho del elegido. Pero la aventura debía mantenerse sin que las celadoras lo advirtieran. Un caída de ojos, una mirada, una sonrisa; que a esa edad los varones, más lentos en estos lances, no terminaban de interpretar; por eso ellas en sus cabildeos, entre risas y secretitos se decían que los pobres eran unos "babiecas".

Roberto, de quinto grado, no se daba por enterado, y Paola de cuarto, recurría a

su grupito de íntimas para pergeñar nuevas estrategias, ya que al estar ellas en cuarto, sólo compartían el recreo, y siempre rigurosamente sobrevoladas por las miradas vigilantes; por lo que todo debía hacerse con el mayor disimulo. Así que un día, en el aula, durante una aburridísima clase de historia, mientras el almirante Brown disparaba sus cañones en el Río de la Plata; Paola escribió una pequeña esquila de amor, arrebolada y temblorosa, muy lejos ella de la encendida batalla de nuestro máximo héroe naval, soñando más bien, en la hazaña que planeaban ellas: que una del grupito le alcanzara de sorpresa al desprevenido Roberto, aquellos dos renglones en los que confiaba que la advirtiera, que al fin él se avivara de una buena vez... y desde lejos, ver anhelante qué iría a hacer aquel encumbrado príncipe; seguramente la buscaría con la mirada hasta encontrarla, descubrirla, fijarse en ella, y seguramente, sonreírle amorosamente...

II

De esto y de lo que sigue lo conocimos mi mujer y ya por boca del antiguo sacristán de la esplendorosa basílica de San Francisco en la zona histórica de la ciudad, en una pletórica visita turística. Este hombre, no supimos nunca nosotros por qué estaba tan dispuesto aquella mañana, mientras nos guiaba por el suntuoso templo, uno de los verdaderos altares de nuestra historia; en la que se entrelaza con la campaña del general Belgrano, donde tras aquella gloriosa batalla, funden las campanas con el bronce de sus cañones, dejándole con fervor a Salta un legado y testimonia de su gran victoria. Campanas que suenan en el alto y pintoresco campanil, que tanto luce al frente en el conjunto barroco colonial del emblemático templo franciscano, de marcados tonos que remarcan sus elegantes líneas, volutas y ornamentos, propios de principios del siglo diecinueve.

En la sacristía, en el centro de una enorme sala, hay una mesa de grandes dimensiones, e inamovible, como enclavada; ya que luce un pesadísimo y grueso mármol que admitiría fácilmente veinte personas sentadas a su alrededor, traída de Europa durante la colonia y de Panamá bajada por el Alto Perú a lomo de mulas, y asentada en seis gruesas patas redondas, también de mármol... Y este escenario, y por esta preciosa mesa, se desató el relato de la historia de la

notita de amor que Roberto nunca llegó a leer. O casi...

Ah..¡Sí! Ustedes no saben que pasó con aquel papelito que tenía grabados dos renglones de ansiosas palabras de amor immaculado y juvenil...

¿En dónde habíamos quedado?...

III

Roberto permanecía un poco retraído, casi apartado, ya que se sentía grandecito, como que ya ciertos juegos no le atraían tanto, y quizás un poco distinto a los demás. En eso una de las compañeritas de Paola se le acerca rozándolo y tratando de poner en su mano el mensaje. Como él no estaba atento, ella tuvo que insistir, haciéndolo más evidente... y ¡Zácate!... Cuando Dios no quiere... Una de las monjas estaba a pocos pasos y de reojo vio algo, y como si hubiera visto al mismísimo diablo, saltó como un resorte, gesticulando a voz en cuello, tratando de obtener aquel objeto que ya era al menos obsceno. Otras monjas corrieron en su auxilio, gritando también aunque no sabían qué ocurría... Pero Roberto, ya con el papelito se largó a correr, escurridizo como un mono por aquel patio de juegos, se metió en la sacristía y en dos segundos estaba escondido bajo la mesa. Sentía afuera el barullo del revuelo, donde todos se agitaban sin saber qué pasaba.

Vio que entre la pata y la mesada de grueso mármol había un intersticio, y apurado metió la notita tan doblada como se la dieron, y la introdujo hasta que desapareció allí escondido, el cuerpo del delito. Luego salió a enfrentar a la Santa Inquisición. Hubo amonestaciones, suspensiones y notas a los padres; las más severas a las niñas partícipes del delito. Salvo muy pocos aquel día, los demás imaginaron cosas, o las mal interpretaron; los colegiales llevaron el tema a sus casas y la cosa de pequeña pasó a crecer y a deformarse; las madres estaban horrorizadas, y la ciudad misma terminó escandalizándose de las vejaciones y quizás violaciones que impidieron las santas monjas del prestigioso colegio. La moral misma de algunas familias se mancillaba en voz baja en las tertulias y en las casas.

Tras aquel bochorno, Paola fue llevada por una tía a Córdoba, donde continuó sus estudios, fue desvinculándose de su ciudad natal, y casi no se supo más de ella.

Roberto pasado el revuelo volvió furtivamente bajo su mesa a buscar la nota, pero no pudo sacarla, por más que tratara. Otro día volvió con un estilete y otros enseres para recuperar la notita, pero al insistir sólo consiguió empujarla más profundamente en la ranura; y alzar la mesa, imposible, ni él ni diez como él... Más adelante también la vida lo llevó a él a vivir muy lejos de su Salta natal...

Pasaron décadas, al menos cinco; y Roberto pudo volver ya hecho un hombre grande y lleno de recuerdos. Nunca olvidó aquella esquila, y pensaba en que mientras envejecía con distintos logros, aquel papelito, quizá amarillento, estaría allí como esperándolo.

Tras los permisos de rigor, y con la ayuda suficiente pudo mover el pesado mármol, alzándolo tan sólo un par de centímetros..., y él mismo con sus propios dedos obtuvo tras tanto tiempo, el pequeño trozo de papel, y leer por fin aquellas palabras de amor que tan ilusionada y temblorosa había escrito Paola, aquel lejano día, más de cincuenta años atrás...

Quienes estaban con él en la espaciosa sacristía, asistieron a la emocionada estampa de un rostro compungido, enmarcado por blancos cabellos, de blandas

mejillas, donde bajaron por un instante, dos gruesas y temblorosas lágrimas, y un hondo e imperceptible suspiro, fue el prelude de un largo y profundo silencio...

Yo me había transportado siguiendo el relato del afable sacristán, tan ensimismado, que también sentí mis ojos humedecidos y en el pecho el corazón como que se me derretía lentamente...

—¡Oh Dios!...— exclamó, mirando alarmado su reloj, y llevándose una mano a la frente, como asustado...—¡Las doce y quince!..., ¡Y yo no toqué las campanas de las doce!...— y agregó: —¡Sólo me había pasado una vez en treinta años!!!—

Y se fue presuroso a su repique de campanadas de aquel medio día, en que se retrasaron quince minutos... ¡Por una pequeña notita escrita por una jovencita enamorada, hace más de cincuenta años!

Historias Bancarias

SOBRANTE DE CAJA

Un aspecto curioso de las diferencias de caja en el banco, son; al menos visto "a prima facie", que si hay finalmente un faltante que no aparece en equis tiempo, será el cajero o tesorero responsable quien la asuma.- Para eso, para cubrir ese riesgo va formando un fondo de fallas de caja, con un adicional en el sueldo, que no dispone, sino que va a engrosar ese fondo.-

Una vez que acumulaba un monto de doce retenciones, de allí en más, podía disponer del sobresueldo; siempre que no volviera a tener faltantes, porque desde allí siempre se va descontando cualquier falta que pueda tener, manteniendo como base el fondo de un año, retenido para una eventualidad mayor.-

De un modo u otro: las faltas de caja las asume directamente el funcionario a cargo.-

En cambio los sobrantes que pudiera haber habido iban a una cuenta pendiente y disponible por si aparecieran, o fueran reclamados también antes de cierto tiempo, después de lo cual terminaban en una cuenta de resultados; lo tomaría el banco como una ganancia, pero de ningún modo serviría para compensar otras diferencias por más que hubieran habido faltantes.-

No se compensaban ambas cuentas, como quizás pudiera creerse.-

Mi pequeño hijo, entonces de escasos cuatro años, atento y perspicaz, y como corresponde, siempre tratando de entender los asuntos de los más grandes, se

habría planteado algo de esto, con lo poco que pudo haber escuchado alguna vez, al comentarlo yo quizás en la mesa cuando uno desenrolla sin querer en su casa las cosas del trabajo, como quién rebobina sus asuntos para aclararlos o para buscar el apoyo de los suyos.-

Era un chico que se extasiaba conversando con los mayores, máxime si conseguía que le prestaran atención.- Desenvuelto, irradiaba un halo de viveza que cautivaba, y sorprendía con las cosas que abordaba y con las ingeniosas e inesperadas salidas, doblemente pintorescas a su edad.-

Por ello los conocidos, familiares, o quienes nos frecuentaban, lo estimulaban a que contara esto o aquello, ya sea haciéndoles preguntas o tirándole cualquier tema por el sólo gusto de escuchar sus infantiles y espontáneas respuestas tan graciosas en su inocencia.-

Una mezcla de alegría y orgullo era para él nuestro primer auto, casi una antigüedad aún entonces, pero que se veía en las calles y era todavía bastante común, además lucía como nuevo y estaba reluciente; un modelo de los años treinta, de carrocería cerrada; pero ya comenzaba el prurito de que había que "avanzar" con los modelos, "No te podés quedar", por más que a veces había cosas más urgentes.- Desde entonces, ya, cambiar cada tanto el auto era prioritario.-

Al menos así lo pensábamos en general.- Y él comenzaba a comprenderlo.- Un amigo que nos visitaba, enseguida comenzó a darle cuerda para sonsacarle una conversación, ya que no podía mi hijo mantenerse aparte sin intervenir, en especial si había gente de afuera como en este caso.-

-¿Y tu papá cuando va a cambiar el auto por un modelo más nuevo?- Le quiso sacar mi amigo, asumiendo un aire de complicidad para ganarse su confianza.-

Mi hijo se encogió de hombros graciosamente, mientras hacía un gesto con las dos manitos...

-Y... ¡Cuándo tenga un sobrante de caja!!!

SOLO UN REFLEJO

Al principio era sólo eso, un reflejo. A muy poca distancia la luz reflejaba una pequeña superficie lustrosa y quieta como un espejo, y a un palmo o poco más lejos, el campo visual se difuminaba y se oscurecía, como si el mundo se hubiera reducido a eso. Le parecía estar mirando su entorno por un agujero, un ventanuco que no le permitía agrandar su zona de visión clara. Se sorprendió elucubrando pensamientos, que no iban más lejos que eso. Tratar de comprender lo que estaba

viendo. Pensó que si pudiera arrimarse más al ventanuco, podría divisar un ángulo más ancho, más abierto. Pero no pudo, nada se movía de él, ningún miembro le obedecía.

Se concentró reuniendo sus escasas fuerzas en centrar el foco de su visión en lo que formaba por ahora aquel pequeño mundo, casi pegado a su cara, al nivel del suelo. Reflejaba también con visos de piedra húmeda, algunos adoquines del empedrado, los lomos brillantes, las comisuras oscuras, y a un costado el muro chato del cordón de la cuneta. Vio avanzar una hormiga desde un extremo borroso, y muy lentamente vino avanzando por el borde del charco que llenaba parte de su reducido paisaje. La hormiga se movía como titubeando, y se detuvo detrás de un pequeño objeto blancuzco, hinchado y deforme. Consiguió forzar su campo de nitidez, y despaciosamente identificó aquello tan deteriorado y que ahora ocultaba a la hormiga. Descubrió casi con alegría, que era la colilla, el "pucho" de un cigarrillo, que se iba mojando en la orilla del pequeño lago, aunque creyó ver una muy tenue voluta de humo, como si al apagarse finalmente, presenciaba de tan cerca el expirar de aquella brasa, ya inexistente. Logró distinguir algo mejor, y entendió que el espejo no era de agua, sino de una sustancia aceitosa, algo viscosa. Más allá de la hormiga vio posarse alguna mosca, donde no veía muy claro; se movían, y levantaban cortos vuelos y volvían a posarse, tozudamente en el mismo lugar. Ningún color, sólo tonos oscuros, claros o brillosos.

Debe haber sido de noche porque los reflejos seguramente provenían del alumbrado que debía haber en la calle. No había tráfico, ni se escuchaban pasos, ni sonido alguno. No sentía ni el viento en su piel, ni siquiera su piel. Silencio. Ni su respiración, ni sus propios latidos; pero no sentía dolor, ni molestias, ni siquiera angustia. Todo transcurría calmo y sin fatiga.

Algunas imágenes confusas fueron aleteando en su interior, y pasó mucho de aquel raro transcurrir del tiempo, antes de hilvanar confusas imágenes, y luego se fueron formando por tramos, en trozos, incoherentes episodios.

Una de las ideas más claras que se le formaron en aquella caverna oscura y silenciosa, fue recordar su nombre, advertir que tenía uno, y luego que era una identidad humana, con cuerpo y alma. Luego los trozos se fueron armando de a poco, y por momentos todo se convertía en un torbellino vertiginoso, y la angustia aumentaba a medida que aumentaba su comprensión. Se encontró caminando en la vereda, esta misma tarde, y quizás en esta misma vereda. Una pequeña multitud iba y venía. Era plena tarde y avanzaba absorto, con su ataché bajo el brazo izquierdo... Apenas se fijó en los tres adolescentes que venían en su contra y pensó que irían a abordarlo, pero los muchachos sólo quedaron al costado, como indiferentes. Ahora recordaba lo que le llamó la atención, llevaban pequeños bultos en las manos. Sabía que algunos de ellos vivían en las calles, dormían en los subtes o en las plazas, y muchas veces suplían un plato de comida, y hasta su

orfandad, con unas bocanadas del penetrante aroma del pegamento barato que llevaban en bolsitas de plástico.

Drogados, podían ignorar toda carencia, incluso de afectos, y se tornaban predadores urbanos implacables, y con toda crueldad cometían crímenes indolentemente, como si desconocieran el valor de la vida y no les importara la integridad de las personas, ni siquiera la de ellos mismos. Eso lo puede ordenar ahora en este no tiempo tan curioso; en aquel momento siguió unos metros y entró a su oficina, donde una placa de bronce platil mostraba su nombre; "Rogelio Namara, Ing. Civil; Agente inmobiliario"

A veces su estudio era un refugio, donde hallaba sosiego en su trabajo y pasaba largas horas, donde absorto, perdía la conciencia del tiempo; sentía que él mismo era en esos momentos su mejor compañía. Si se demoraba demasiado, Pamela, su mujer lo llamaba, recordándole que debía volver a casa. Era una ceremonia que los dos celebraban sin fastidio alguno, porque había una mutua y extraña comprensión entre ellos.

Esta noche, antes que Pamela le recordara la hora, él pudo llamarla a ella, diciéndole que no se preocupara, que ya salía para casa.- En la vereda, mientras cerraba el ingreso, se percató que era más tarde de lo imaginado, que el silencio y la soledad habían ganado la calle.

Al comenzar a caminar, le pareció volver a ver aquellos jovencitos de mala traza, entre las sombras, pero antes de que pudiera cerciorarse lo habían cercado y le tironeaban el maletín; mientras uno de ellos le exigía el dinero, otro lo golpeaba en la cabeza con algo pesado y contundente. Cayó al suelo aferrándose inconsciente a sus preciados documentos con sus comisiones de la jornada, y desmayándose sintió que se salía con la suya y no podrían con él, y también sintió un trueno como un rayo que le pegaba en el pecho y un fuego quemante le inflamó las entrañas. Todo se nubló en un instante, y lo último que distinguió fueron los pasos apresurados con que los chicos se fugaban.

Ahora lo veía todo con una claridad y calma pasmosa. Los menores no llevaban sólo las bolsitas de pegamento, también portaban un arma letal, que usaron contra él sin dudarle. En la violencia urbana que se estaba viviendo en estos tiempos, una vida no valía gran cosa, era evidente, y ahora estaba allí, caído sin poder moverse, y sería parte de estadísticas nefastas, que en las altas esferas preferían negarse; y por ahora la sociedad polemizada entre castigar o comprender a sus infestadas legiones de jóvenes, abandonados, sin educación, sin medios, y sin esperanzas. Es cierto, la sociedad se sentía culpable, y entretanto miles de semejantes eran inmolados en este "dejar hacer", esta apatía, esta indolencia.

Por primera vez se planteo que podía estar muriéndose. Que ese charco no era ni agua ni aceite; sino su propia sangre, sobre la que descansaba. Que su atisbo de conciencia no era más que una transición con que la vida le permitía hacer un acto

de conciencia, como en su niñez escuchaba de los mayores, y en su vieja parroquia donde había asistido de niño a aquellas clases de catecismo.

Si fuera así había que avisarle a Pamela, llamarla, mostrarle donde estaba, que supiera qué le estaba pasando. Si pudiera verla, hablarle, decirle de un tirón tantas cosas que hubiera querido decirle y que postergaba una y otra vez. Y si no le quedaba más aliento, al menos decirle-"Te amo..., siempre te he amado, perdóname..." Al menos eso.

Pero aquel pequeño paisaje, formado por débiles reflejos nocturnos, se iba apagando. Llegó el momento en que quedó a oscuras, a solas, dentro de aquella caverna infinita, que tenía como última morada. Se sintió como un pez solitario en las profundidades oscuras del océano más profundo.

Sólo pudo plantearse una pregunta:

-¿Y ahora...?

EL SENTIDO COMUN...

Ensayo

Suele decirse que el Sentido Común, es el menos común de los sentidos... Este concepto según parece, viene acuñado desde la más lejana antigüedad, cuando la humanidad vio que podía ya entonces reconocerse: una parte como común, criteriosa, lógica, razonable; y la otra que actuaba curiosamente, orillando la estupidez misma. Einstein lo dijo así: que dos cosas eran evidentes; lo infinito del universo, y la estupidez humana, pero que de la infinitud del universo no estaba del todo seguro...

Para ilustrar a mi modo la idea, me baso en ejemplos cotidianos, en los que más o menos todos podremos encontrar similitudes en las que seguramente coincidiremos.

I

En cierta ocasión, visitando el magnífico Museo del Automóvil, fundado por el

ejemplar deportista, que fue don Juan Manual Fangio, en Balcarce, aunque podría haber sido en cualquiera de muchos otros lugares diversos; nos pasó lo siguiente:

Al ingresar, en la portería nos retenían la cámara familiar de fotos, con la que pensábamos retratar el momento de nuestra visita en su interior, junto a los legendarios automóviles de carrera del quintuple campeón mundial. Semejante limitación echaba a perder parte de la fiesta, que era atesorar en fotos la memorable visita.

Al momento creí entender la razón; si cada visitante disparaba decenas de flashes, con el tiempo podrían deslucir la apariencia de esos tesoros de la mecánica que se exhibían, como pasa en museos europeos de El Prado, o de El Louvre, o en la Capilla Sixtina, donde tampoco permiten disparos de luces para fotografiar las pinturas de las preciosas telas o de los centenarios frescos...

Pero, no exactamente...

...Lo que pasa, señor; es que los visitantes suben sus niños a los autos para fotografiarlos, y con los zapatitos, cierres, u otras prendas, podrían deteriorar las pinturas de los coches..._ Me explicó amablemente...

Apabullado ante la absurda lógica, quedé asombrado por la desconcertante bifurcación del razonamiento aplicado por la Dirección del Museo...

¿Por qué no prohibir simplemente que los visitantes suban los niños a los autos, y si las cámaras no están imputadas eximir las llanamente de culpa?

Años después volvimos y afortunadamente las cosas cambiaron y pudimos ahora sí, usar nuestras cámaras, fotografiando los coches libremente.

II

Para un mejor aprovechamiento del agua de la red, se dispuso que en cada domicilio para lavar las veredas del frente de las casas, se prohibía el uso de mangueras, y sólo podría usarse baldes: quedando establecido que usando éstos se utilizaría menor cantidad de agua. Es de pensar que la pobre manguera debió haberse sentido discriminada, sin ser culpable de nada.

Hubiera sido más razonable recomendar no usar más de tanta agua por cada uso, o alguna limitación de medida; y no de un modo casi infantil como éste, que permite que quién tira agua con un balde pueda tirar toda el agua que quiera, y por más cuidadoso que usted sea, nunca pueda hacerlo con la bendita Manguera.

III

No está permitido el uso de vidrios tonalizados en los autos, se los hacen quitar en las revisiones técnicas, ya que por oscuros podrían disminuir la visibilidad,

influyendo según este criterio en la seguridad del tránsito; pero, qué contrasentido: todavía no han descubierto que no deberían entonces permitir usarse anteojos para sol.

IV

Es lógico que quien rinda para conducir una motoneta o un ciclomotor, tenga un permiso para eso solamente; y no pueda por ello conducir un camión, o ni siquiera un auto de calle. Pero es absurdo que quienes conducen pesados camiones por rutas y ciudades, quienes conducen autos, remises; de día y de noche, no puedan hacerlo en una pequeña moto, ni en el más pequeño pueblo.

V

Una tarde un agente policial me entrega una citación a nombre de mi hijo mayor, para que se presente en la comisaría local, a las ocho horas de la mañana siguiente. Él estaba residiendo temporalmente en Resistencia donde estudiaba en la facultad. Hablé con el comisario, a ver si yo podía hacer algo, y me dijo que esas citaciones venían de la jefatura y que ellos se limitaban a entregarlas; pero que sabía que eran citados para informarles del Acto de conmemoración de Malvinas en Reconquista, el día tal, en el cual eran invitados a participar. ¿Una invitación? Pero comisario, Usted llega a una casa con una citación, y... arma un revuelo, créame; una verdadera preocupación, por no saber uno de qué se trata...

Si es por un reconocimiento, un honor que se le hace por ser un ex combatiente, de saberlo, será recibido con todo beneplácito, ¿No le parece?

VI

En la defensoría del menor con asiento en Reconquista, hacía años gestionábamos una demanda judicial para la reinscripción de nuestro nieto, ya que en el juzgado en que estaba anotado su nacimiento, habían desaparecido los libros.

Una mañana me llamaron para que concurren a las ocho horas de la mañana siguiente. Me fui contra reloj, pero allí tuve que esperar un par de horas para que me atendieran. La oficial que me atendía me explicó que me habían molestado a mí, sabiendo que era el abuelo, que vivía cerca, y así evitábamos que tuviera venir mi hijo, el padre, a hacer el trámite; cosa que agradecí.

Abrieron un legajo, el de la causa, y me dieron dos fojas para que las fotocopiara en un kiosco cruzando la calle.

Eso era todo. Podía retirarme...
Me quedé con la pregunta en la garganta...:
¿Hubieran hecho venir a mi hijo desde Resistencia, citado a las ocho de la mañana, para sacar una fotocopia? ¿Lo harían así siempre?
Pensé en gente que vive lejos, al norte y al oeste, en zonas retiradas, con malos caminos, escasos transportes, pocos medios económicos... ¿Perder seguramente un par de jornadas, para estar temprano a horario para semejante nimiedad?

VII

De este género podríamos cortar mucha tela.
Algo parecido puedo referir del acto convocado en la legislatura de la provincia de Santa Fe, a fines del año 1982, año de la guerra de Malvinas, donde los Legisladores santafesinos honrarían a los héroes de la gesta reciente.
Pero aquí hay además otro componente, que es la irrespetuosidad y la arrogancia, que ornamenta muy frecuentemente a nuestros funcionarios,
La convocatoria era para las nueve de la mañana en la plazoleta del palacio, donde los ex combatientes recibirían ante familiares y público, distinciones y medallas conmemorativas. Era verano y comenzó a hacer calor, y las sillas en las que nos ubicamos desde temprano estaban a pleno sol. Fueron pasando las horas... y dieron las diez..., y las once y las doce..., y la una... y las dos... A eso de las dos, comenzaron a aparecer de a uno los señores diputados y senadores: por un largo pasillo techado con lona verde y fueron ubicándose despaciosamente en la acogedora sombra del amplio palco, también techado; brazos en alto, buscando los aplausos, mientras los agasajados se abrasaban con el sol y el calor del pavimento, habiendo hecho un aguante de largas horas; mientras ellos exhibían sonrisas frescas, rebosantes y generosas.
Era evidente que el acto estaba armado para ser ellos los protagonistas, con gran lucimiento, en actitudes ampulosas para con el público y para con los fotógrafos; por lo que los condecorados se sintieron sólo usados como espectadores, como invitados de piedra, o como quienes eran llamados al festín para que comieran la migajas.
Volvimos asqueados.

VIII

Puse ya suficientes ejemplos, con los que trato de mostrar, cómo muchas veces quienes dirigen, o toman decisiones, no se detienen a pensar un minuto, o lo

necesario; como si pensar gastara, o fuera una pesada carga, y si lo fuera; vale la pena el esfuerzo, ya que muchas veces afecta, para bien o para mal, las jornadas de muchísima gente.

Y hay muchas otras cosas "grosas", en donde somos quizás nosotros, en nuestra ignorancia, los que pensamos que los demás han pecado de un enfoque escaso de análisis.

En una visita a un museo de ciencias naturales, donde se exhibían fósiles de dinosaurios de millones de años, el anfitrión, guía del museo, en un momento de la charla, nos desasnó a muchos de nosotros; en que los esqueletos nunca eran originales, de hueso, tal como se encontraron, sino que eran réplicas de plásticos y resinas, vaciados sí de esos originales, que se guardaban en laboratorios especiales. Generalmente suelen encontrarse en la naturaleza sólo partes del animal; y el resto, las faltantes, se fabrican basados en éstas.

Pero surgió el tema ya muy trillado, pero inevitable, de las teorías de cómo o por qué los dinosaurios desaparecieron de la faz de la tierra.

La más común y difundida, tal vez la más aceptada o impuesta, es la del asteroide, o meteorito mayor, un bólido que cayó alguna vez del cielo, y aparte del tremendo impacto con el que afectó al planeta; como cambiar el eje de rotación, la duración de los días, cierto desvío de su órbita; creó un inmenso cráter que elevó a la atmósfera millones y millones de toneladas de rocas y suelo pulverizado y agua vaporizada, que alcanzaron a la estratósfera y lo rodearon cubriendo el cielo como con un manto gigantesco, que oscureció totalmente la luz del sol, siendo por muchos años una larga y negra noche, donde no brillaba ni una estrella. En ella las plantas no pudieron hacer su fotosíntesis y se secaron; y sencillamente los dinosaurios, herbívoros o carnívoros, no tuvieron qué comer y fueron muriendo de hambre... Tal vez tampoco habrá llovido, así que ni agua habrán tenido...

Algunos ríos y ciertamente los mares no alcanzaron a secarse, así que los peces se salvaron: los pájaros comieron las últimas semillas; pero ya con los mamíferos la cosa se complica... ¿Cómo miles y miles de especies sobrevivieron?

Uno se asombra, pero la verdad; es de que se hayan quedado con una explicación tan sencilla.

Esto recuerda que ya antes los sabios se habían quedado con aquello de que la tierra era plana, y estaba sostenida por grandes elefantes, que a su vez nadie sabía dónde pisaban los pobres. Algunos se contestaban que esos elefantes eran realmente gigantes y tenían unas patas, muy, muuuy laaargas...

OPTIMISMO Y PESIMISMO

Ensayo

La carta del lector proponía que las noticias que cotidianamente nos llegan por obra de los distintos medios, sean menos tenebrosas y negativas, que no nos inundan de un ánimo de mala onda, de un sentimiento de zozobra; sino todo lo contrario, que nos informen sobre todo lo bueno, sobre todo lo positivo que el mundo tiene indudablemente. Que nos sintamos optimistas viendo cosas agradables y no tintas en sombras, y hasta tintas en sangre.

Siempre que leo algún artículo similar, me asalta la duda sobre qué significado tienen exactamente estas dos clasificaciones, optimismo y pesimismo, o positivo y negativo. Lo bueno sería ver siempre el lado amable, ignorando todo lo demás. Hasta podríamos entender, como nos proponen, que el mundo y todas las circunstancias, se dividen en estas dos opciones.

Y no es así. Simplificar esto sería distorsionar todo un complejo mundo de interpretaciones, necesarias si queremos comprender y construir un mundo mejor cada día...

Creo que no debemos simplificarlo, y aceptar que hay una estructura muy compleja, y que nos cuesta comprender por qué las cosas son así; llamar las cosas por su nombre, y asumir que la humanidad tiene mucho que hacer para que esto sea menos infierno y tenga más de paraíso.

Pero nunca cerrar los ojos.

Cerrar los ojos para que nuestro espíritu se mantenga en gracia, es engañarlo.

Entonces, lo más probable es que caigamos en una verdadera complicidad; no ver los defectos de nuestra sociedad, no hacer autocríticas ni condenas, y tapar por omisión todos los horrores que deberíamos corregir; sería como avalar todo lo malo de gran parte de nuestra sociedad, a condición de que no nos enteremos, ni nos perturbe...

Y no todo es oro lo que brilla.

¿Callaríamos ante el funcionario corrupto, o el accionar corporativo de toda una cúpula de poder, y miraríamos para otro lado, a ver dónde trinan los pájaros?... Siempre pienso en quienes, aparentemente ingenuos, que nos señalan mirar sólo lo bueno, en un acto de piadosa generosidad, mostrándonos que lo conveniente es construir, edificar, sumar, y sobre todo: "no poner palos en las ruedas", contribuye muchísimo al triunfo de la impunidad, que indudablemente es uno de

los males, que desespera a la parte sana e impotente de la sociedad.
Se puede edificar, construir; y lo haremos mejor si antes sacamos las malezas y nivelamos al suelo. Ser optimistas no significa cerrar los ojos. Ser optimistas es enterarnos de la tragedia de un horroroso accidente vial, enterarnos de todos los detalles posibles, apechugar incluso hasta el trago más amargo, sobreponernos al dolor; y en consecuencia concluir que necesitamos, por ejemplo, rutas más amplias y seguras.

No es pesimismo animarnos a la autocrítica. Optimismo es ver más allá del mal la existencia del bien y tratar de alcanzarlo.

¿Sería optimismo que la policía dejara de perseguir el delito? Es más; ¿que ni siquiera lo vea? ¿Y que estuviera por las calles premiando a quienes respetan un semáforo, o no cometen ningún delito?

Cómplices. Así defino yo a los tibios que dividen el mundo en estos términos. Coraje es lo que se necesita para saber qué debemos rechazar y condenar, sin preocuparnos por los facilistas que dividen el mundo en dos. Estamos para usar nuestras facultades. No nos dejemos engañar por la propuesta de etiquetar todo de blanco o de negro, sólo porque hay a quienes les resulta más fácil.

La vida no es tan sencilla.

Enterarnos del atropello de una potencia, de la masacre a otra nación, de crímenes, o el desalmado saqueo a las riquezas de esos pueblos, de ningún modo es pesimismo, ni analizar el hecho participando en lo posible; e ignorarlo, viendo sólo lo positivo que pueda verse en eso -si es que lo hubiere -, es cuanto menos comodidad rayana en la desidia, y eso no es optimismo.

¿Sería optimista, viendo en la revolución francesa, rodar cabezas humanas de la afilada guillotina, pensar que de allí surgiría una importante mejora para la humanidad? ¿Sería así de simple la cosa?

Espero no caer nunca en ese simplismo.

Y es una trampa que atrae hoy al común de la gente, atractiva porque evita "hacerse mala sangre", y así tener una conciencia bien "light".

RECONQUISTA DE ANTAÑO

(Década del cuarenta)

Terrosas calles hundidas,
quietos ríos polvorientos;
tus veredas como muelles,

salteadas, altas, salientes.
Sombreaban adormecidos
en los bordes barrancosos,
amarillentos paraísos,
de gajos ralos, nudosos.

En cada esquina una loma,
encima un foco colgante,
que los vientos hamacaban,
una luz de cobre, oscilante;
y a un vacío de sombras,
quería vencer cabeceante.

Barría el viento norte;
polvo, arena y hojas secas,
y en un terreno lindante
tierna brizna pellizcaba
un caballo flaco y tunante

Casas de frentes severos,
altas, planas, con cornisas;
se copiaban las ventanas,
balcones de rejas macizas.
Alineaban las fachadas
viviendas con almacenes,
paredes sin revocar,
puertas de altos dinteles.

En la oquedad de un silencio
con ecos que repicaban,
como un ladrido lejano,
vendedores que voceaban:
pan, pescado, o un artesano;
el batir seco de un parche,
que la comparsa ensayaba,
o el tañer de una campana,
que a la oración convocaba.

En un baldío cualquiera
tejido de alambre cercado,
juegan niños y mascotas
bajo un arco deformado.
En el cielo un barrilete,
coletea libre su suerte;
y otro caído hace tiempo,
enreda en el cable su muerte.

Algunos carros mezclaban
sus crujidos quejumbrosos,
roncaban transportes viejos,
y escasos autos ruidosos.
Conviven en esa armonía,
traqueteante sinfonía,
aromas de especias y campo;
vida de pueblo hacendosa...
que hoy Ciudad,
guarda orgullosa.

02/08/2008

LA CAPILLITA SOLITARIA

La antigua ruta once, el camino real para nosotros, era ancha, arenosa, polvorienta, y desde nuestro pueblo hacia el norte, habitualmente desolada, casi desierta; haciendo lucir desolado todo lo que lo circundaba. Los arbustos, enredaderas, y pastos de los costados; se veían sucios, cubiertos por el polvo que se levantaba del camino, más por los vientos, que por el escaso tránsito de aquellos tiempos. Muy pocas casas se animaban a asentarse a su vera, sólo algún "boliche" o paraje, muy lejano uno de otro. Las casas de los colonos eran espaciadas, y se presentaban bastante alejadas de la ruta. En la mitad del siglo veinte éramos niños, y solíamos acompañar a mi padre, en sus cortos viajes, con el traqueteante y pequeño transporte de fletes varios. Solíamos visitar colonos, llevando moderadas cargas de mercaderías, o de insumos, trayendo parte de sus cosechas, especialmente hortalizas y otros

productos, que se comercializaban bien en el pueblo.

A un par de kilómetros de las últimas casas, donde un abandonado camino vecinal formaba la esquina de un pequeño lote de campo, yermo y de breves pastos amarillentos, alejado de todo vestigio de vida: se levantaba solitaria una pequeña capillita ornamental, que se erguía, no más alta que una persona, sobre una delgada columnata retorcida, de aspecto neo gótico, símil mármol, y consagrada seguramente a una deidad religiosa, alguna virgen. Nadie sabía qué conmemoraba, ni en honor a quién se había erigido, y sobre todo por qué precisamente allí, alejada de todo.

El tema es que verla siempre tan sola, causaba una sensación incómoda, revestida con algo de inexplicable temor, y nuestra imaginación infantil, nos proponía absurdas relaciones con alguna leyenda, de hechos o personas que desconocíamos; máxime que más de una vez hemos visto, a algún acompañante circunstancial de la zona, persignarse respetuosamente cada vez que pasábamos por el lugar.

Nunca pasé indiferente, ni lo hubiera hecho sin advertirlo; siempre ese resquemor, ese recelo. Y no sólo yo, en casa se contaban cosas curiosas que habían ocurrido, a quienes de noche pasaban por allí, y no guardaron tal vez el debido respeto; aunque no es que lo creyeran del todo, siempre aparecían esos temas en charlas de sobremesa, como algo gracioso, folklórico.

Recuerdo que una noche nublada y muy oscura, nuestro pequeño camión quedó sin nafta, y se detuvo, precisamente enfrente; aunque no podíamos verla, sabíamos nuestra posición, porque ubicábamos las primeras y espaciadas luces del pueblo. No podría decir que me daba miedo, estaba al lado de mi hermano mayor, que si bien todavía era un niño, era una compañía enorme para mí, y además estaba papá, que fue quién se bajó y midió con una pequeña regla, cuanta nafta tendría el tanque. Pero varias veces me descubrí escudriñando en la negrura, a ver si veía la silueta de la capillita, y a veces miraba fijamente. por si alguna cosa extraña se moviera cerca...

Un jinete se acercaba al trote.

Lo escuchábamos desde una buena distancia. Papá le habló cuando estuvo junto a nosotros, aunque ni remotamente lo conociera. Le dio un billete y una damajuana de vidrio, pidiéndole que le consiguiera algo de nafta en un almacén, que estaba sobre la ruta, hacia el norte. El jinete apareció tras un largo rato, con la damajuana a medio llenar, suficiente para llegar a casa. Generoso y honesto el criollo. Luego no sé bien qué pasó. Papá le dio un billete de poco valor como propina, agradeciéndole "la gauchada"; pero el hombre se indignó, se enojó, y lo expresó a toda voz, y era que consideró escaso el pago por el servicio.

Mi hermano y yo nos decepcionamos, ya que en principio entendimos que era un gesto generoso, y no aceptaría pago alguno por el auxilio; pero no, el hombre entendió que era una changa, y le habían pagado poco...

Todo esto sumado hizo que nuestra avería requiriera bastante tiempo en el lugar,

que para mí era apremiante. Me avergonzaba sentir el miedo o resquemor que estaba sintiendo, y por momentos tenía un cosquilleo y escalofríos, hasta que volvía a serenarme viendo que ya nos íbamos y dejábamos atrás aquel oscuro y desolado sitio. Alejándonos, y sintiéndome algo más seguro me animé a voltearme y mirar casi hipnotizado hacia atrás, esperando ver, vaya a saber qué misteriosa aparición.

Tengo en mi memoria ese percance, y aquella noche tan cerrada; donde tuve omnipresente la inquietante cercanía de la misteriosa capillita...

Y esto del halo singular y casi exótico, que emanaba el pequeño santuario, estaba bastante difundido, y amalgamado a una profunda cultura religiosa, que a su vez, de un modo curioso, se ligaba también a un abanico de supersticiones y temores. Era evidente, al menos entre nuestros conocidos y parientes; aunque nadie habría querido reconocerlo, y sólo surgía si se involucraban, como pasó con un primo mayor nuestro, que estaba viviendo temporalmente con nosotros...

Era todavía soltero, así que estaba en la etapa de conocer posibles candidatas casaderas.

Acostumbraban en la zona rural de aquel entonces, acceder a encuentros de muchachos y muchachas, en las fiestas familiares, o en los bailes de colonia, fiestas religiosas o cívicas, y tantos eventos domingueros o casuales. Pero sobre todo de un modo muy recurrido en la zona: las visitas domiciliarias; donde solos, o en compañía de un amigo, o a veces dos, el pretendiente llegaba un sábado por la noche, "a tomar mate"... directamente y sin invitación alguna, a una casa elegida, donde hubiera chicas casaderas;

El juego era ir "tanteando", a ver cómo eran "recibidos"; y no excluía que también visitaran otras casas, a veces esa misma noche, hurgando en un itinerario de selección, que concluía sólo cuando se formalizaba un compromiso, Esto podía ser una búsqueda de meses o de años, tornándose en algunos casos crónica, y como todo, ir devaluándose con el tiempo, siendo recibidos lógicamente, cada vez con menos expectativas.

No sólo los sábados, también las vísperas de fiestas, donde la otra parte también esperaba con impaciencia, qué podría depararle aquellos encuentros; que por otra parte no siempre eran tan fortuitos, a veces, ya tenían previamente alguna mirada complaciente, como un guiño, o un convite concertado.

Mi primo pertenecía a éstos últimos, visitantes "tomadores de mates"...

Un jueves por la noche, víspera del sagrado viernes santo, en que no podía realizarse ninguna actividad que no fuera de recogimiento, o adoración a Dios y a Cristo crucificado. Mamá no hubiera querido, que ninguno de nosotros saliera de casa esa noche.

-Mirá que tenés que estar de vuelta antes de las doce. No te entretengas. Acordate que pasada la medianoche ya va a ser Viernes Santo...-

-Si tía, quédese tranquila.- dijo mi primo, guiñándonos un ojo a sus espaldas, cancheramente...

Y con esa promesa, mi primo subió a su bicicleta, y partió a su visita romántica, a una legua al norte. Cuando decidió volver vio que ya eran más de las doce; y aunque nada tomaba en serio, se sintió profundamente sólo al volver por la ruta, en una noche alumbrada fantasmagóricamente por la luna llena.

A la mañana siguiente, tartamudeaba, todavía desencajado al contar, lo que él juraba que le había pasado:

Precisamente al llegar a la capillita, vio de reojo como de la misma salía un pequeño perro negro, mostrando una ferocidad rabiosa, y ladrándole furiosamente, arremetía decidido a morderle la pierna. Trató de pedalear más fuerte, pero el camino arenoso le frenaba las ruedas, y el perro lo atacaba más y más fieramente. Comenzó a defenderse arrojándole patadas, pero cada vez que le acertaba una, el perro crecía, y se hacía cada vez más grande y más aguerrido; y en un momento se había convertido en un perrazo enorme que no le daba tregua...

Se acordó entonces de rezar desesperadamente, mientras se concentraba en pedalear, y poco a poco se fue distanciando; del descomunal y fiero animal en que se había convertido, salvándose según él, por muy poco de sus filosos colmillos...

Todos trataron de hacerlo entender, que el perro habrá sido nada más que un perro, y que el miedo hizo el resto...

Pero a él nadie le hizo cambiar nunca, lo que aseguraba haber vivido.

Y muchos de nosotros entonces, sin querer, sentimos un escalofrío....

Y yo, lo vuelvo a sentir cada vez que me acuerdo.

MÁXIMAS Y REFLEXIONES PROPIAS

*

¿Quieres miel?... ¡Siembra flores!

*

El orden, es la primera ley del cielo...

*

Nunca nadie tiene todo el poder...

*

La vida no podemos vivirla en borrador...

*

Triunfa en la vida, quien cree en ese triunfo.

*

Dios nos hizo libres, y nos hará responsables...

*

Por más que gritemos más fuerte,
No serán más fuertes nuestras razones...

*

Si por tenerla cortamos una flor;
La flor comenzará a morir...
Y será menos nuestra.

*

La verdad no se impone, se propone;
Quizás no merezcamos más que atisbos de ella, ya que toda sería demasiado,
como mirar un inmenso sol que nos dejaría ciegos.

*

La mentira tiene un gran mercado negro.
Nadie dice quererla,
pero bajo cuerda tiene gran demanda...
y muchísima aceptación...

*

La verdad es hija del tiempo...
Es como el curso de un río, no tiene atajos,
No habrá otros suelos más bajos ni más blandos; será siempre el camino más
sabio...
Aún así nunca será éste el lecho definitivo,
Irás corrigiendo su curso tantas veces
Como cambie su caudal, o su fuerza...

*

La verdad no hiere;
Lo que hiere es la manera, la ocasión...,
Y sobre todo, la intensidad de herir...

*

¡Cuidado! ¡No vaya a ser que por afilar demasiado
la espada, lleguemos tarde a la guerra!...

*

No acorralar nunca tanto a nadie, que despierte en él, a la bestia que duerme
dentro de sí...

*

Si te acercas demasiado, la belleza parece desvanecerse; pero el milagro se
acrecienta...

*

Si no reconocemos a la persona, caeremos en no valorar su obra.

*

En una hambruna, es de sabios no comerse todas las semillas...

*

Administrar no es repartir, es lograr lo mejor, al menor costo.

*

No conviene poseer demasiado, en medio de un mar de miseria.

*

Todo tiene en sí,
El premio, o el castigo

*

La mente me crea dudas,
El corazón me da certezas...

*

Razonando siento temores,
Rezando encuentro a Dios...

*

El que no tiene Dios,
Tampoco tiene consuelo...

*

Ciego mental es aquel que conoce todas las respuestas,
Y no consigue hacerse ni una sola pregunta.

*

Envejecer es perder la capacidad,
De indignarnos ante la injusticia...

*

La justicia, aún la más justa,
Tiene visos de injusticia...

*

Poner palos en las ruedas
Puede no ser necesariamente negativo,
Si evitamos a tiempo,
Que caigamos al abismo...

*

La mitad de las "verdades",
No son más que mentiras
suficientemente repetidas

Tener razón es bueno,
Pero a veces puede tornarnos crueles...

*

La Pasión acorta la vista,
La Compasión alarga el brazo...

*

El miedo es un lastre,
Que nos arrastra al fracaso...

*

Muchas veces el mal ejemplo,
Puede servir de buen ejemplo...
Los padres hablan por sus hijos,
Como los jueces hablan por sus fallos...

*

Nuestros hijos a veces difieren con nosotros;
Se oponen, discuten, y hasta nos atacan...
Somos como el hueso
Con que los cachorros afilan sus dientes...

*

Las Utopías, sirven para hacernos caminar,
A veces a ninguna parte...
Ciertos privilegios son como una discriminación al revés

*

No deberíamos atarnos a carro alguno
Con cadenas muy fuertes;
///
El carro puede errar el camino,
Y nosotros errar tras él...

*

Nuestra mano aún pequeña puede tapar el sol,
eso no quiere decir que el sol no siga estando, inmutable...

*

El universo entero cabe en nuestra mente,
Si la abrimos lo suficiente...

*

Si nuestro mundo es pequeño,
Pronto creeremos que lo sabemos todo...

*

La espada no requiere de la sabiduría...,
Así como la sabiduría no requiere de la espada.

*

En el centro de todas las cosas,
Siempre se conserva lo más puro.

*

No es muy grueso el muro que separa, La dicha, de la desdicha...

*

Hay quienes reclaman paz, y comen rapiña...

*

Podemos dejar que una idea crezca en nosotros
sin ningún límite; pero, como una planta,
No debe ser la única del jardín,
No permitiría que nada crezca en torno...

*

La violencia más se desahoga,
Más se exagera...

*

La paciencia es como un colchón,
El de algunos es grueso y mullido;
El de otros una manta con clavos...

*

La muerte nos inspira miedo,
Pero deberíamos sentir pánico
Por olvidarnos a veces de vivir...

*

Es posible que el sabio tenga dudas,
El que no las tiene, es el necio...

*

Los grandes hombres, los protagonistas
De los grandes cambios...,
Son sólo grandes intérpretes de una época.

*

Tengamos en cuenta el conjunto,
No basta una actitud aislada...
Un barco es bueno si navega, si flota;
No importa si sus partes sueltas,
por sí no puedan hacerlo...

La hélice sola se hundiría,
o el motor, o el ancla...

*

El sol, ¿se sentirá avergonzado al ir envejeciendo con el día? ¿Es menos hermoso,
menos importante, menos beneficioso; durante la mañana, al medio día, o la
tarde?

¿O es feliz de brindar hasta el último instante Sus rayos en distintas
intensidades en la coreografía final de cada día, que derrama generosamente
sobre toda la creación?

*

¡Qué poco podemos ver delante de nosotros!
Creemos que lo planeamos todo, y no sabemos nada del camino que nos espera
mañana mismo...

*

Cierre...

UD. ES UN ELEGIDO...

... Me dijo el neumonólogo que me hacía la evaluación para la Junta Médica... en
Rosario, el 14 de diciembre de 1998...

Mientras le resumía mis antecedentes, respecto a la operación de tórax

(Sanatorio Parque - Rosario, 1984), y él me seguía con la historia clínica, tomando apuntes y preguntando algún detalle, sobre todo de mi estado de salud actual...

_ "Hay menos sobrevida a la operación de pulmón cuando se trata del derecho... es Ud. verdaderamente afortunado"..._ y antes de irnos volvió a recordarme: ...

_ "Usted...; ES UN ELEGIDO"...-

Me acordé del Dr. Luis Nannini que tiempo después de la operación, cuando iba periódicamente a los controles, siempre de me decía en broma: _ "¡Vos tendrías que estar viendo crecer las margaritas desde abajo...!"_

Yo nunca tomé total conciencia de cuán comprometida había estado mi salud, y más que la salud, la vida misma...

Hasta que..., Hace unos meses (esto escribía en 1998), he visto la Historia Clínica que me remitió el Sanatorio Parque de Rosario, en donde descubrí que lo que tenía era cáncer de pulmón muy avanzado; "Un carcinoma ya muy desarrollado, con metástasis doble".-

¡Sentí como si me hubiera caído un rayo.....- Yo era, lo soy; un sobreviviente de este azote de la humanidad, tan duro de nombrar y combatir: el cáncer, y en aquel entonces lo sobrevivía ya por más de catorce años!!!

¡No lo hubiera sospechado, siquiera!!!

¡Me impactó de tal modo...! Es quizás, el golpe más profundo que recibí en la vida y me conmovió tanto que no se separa un sólo minuto de mi mente...

¡Y ahora este médico que me dice que soy un elegido...!

¿Por qué?, o: ¿para qué?

Seguramente todos lo somos, todos tenemos un destino, una tarea, una misión; pero cada uno nos preguntamos cuál es la nuestra...

¿Será que tengo que hacer alguna cosa en especial?... ¿O algo me estará reservado? ¿Y qué tiempo me queda? ¡Y es ahí donde siento que me corre un frío por la espalda, me pone la piel de gallina!!!

Siento un tremendo nudo en la garganta... siento que ya no soy el mismo... no sé, es como que tuviera que detenerme y replantearme todo, absolutamente todo de nuevo...

Un día, Lucas, mi nieto que entonces tendría unos tres años y medio, se me vino con el cuchillo bajo el poncho...- Siempre tuvo estos planteos; íbamos a dormir, y cuando quedábamos los dos solos, antes de dormirnos, venían los grandes temas.:

_ "Pepe, ¿porqué algunos NO NOS MORIMOS ?"_

UNA GRAN PREGUNTA SIN DUDA...

(Por supuesto que Lucas no podía aún entender toda la película..., sólo había comenzado a ver los títulos) ...

Presentación de La raíz del Bambú

VELADA ARTÍSTICA CULTURAL

Viernes 06 de julio de 2012, a las 20.30 hs

En el Auditorio Municipal de la Cultura - ciudad de AVELLANEDA Santa Fe
Avda. San Martín y esq. calle 18

El escritor Avellanedense
Celso H. Agretti,
presentará su libro:

"La Raíz del BAMBÚ"

Compendio de Historias, Cuentos, Poesías, Ensayos y Dibujos

(Editado en mayo de 2012, por el autor - Avellaneda Santa Fe)

Iniciará el acto- en el hall de ingreso- con una introducción musical de la BANDA MUSICAL MUNICIPAL y luego, dentro de la sala;

Se leerán poesías y fragmentos del libro,
y tras la presentación Y exposición del autor,

actuarán: los siguientes conjuntos musicales:

- 1) El Coro de niños "Son-risas";
- 2) Pedro Delgado y su grupo folklórico, y
- 3) Hugo Ermácora con su conjunto litoraleño.

Tras el cierre, habrá firmas de ejemplares al público y se harán entregas de libros a Escuelas, Bibliotecas y otros organismos educativos

-Para comunicarse con **Celso H. Agretti**. celsoagr@trcnet.com.ar

*

Inventren *Próximas estaciones:*

ORTIZ DE ROSAS.

-Por Ferrocarril Midland-

BLAS DURAÑONA.

-Por Ferrocarril Provincial-

-Colaboraciones a inventivasocial@yahoo.com.ar
<http://inventren.blogspot.com/>

InventivaSocial

Plaza virtual de escritura

Para compartir escritos dirigirse a : [inventivasocial\(arroba\)yahoo.com.ar](mailto:inventivasocial(arroba)yahoo.com.ar)
-por favor enviar en texto sin formato dentro del cuerpo del mail-
Editor responsable: Lic. Eduardo Francisco Coiro.

Blog: <http://inventivasocial.blogspot.com/>

Edición Mensual de Inventiva.

Para recibir mes a mes esta edición gratuita como boletín despachado por
Yahoo, enviar un correo en blanco a:
inventivaedicionmensual-subscribe@gruposyahoo.com.ar

INVENTREN

Un viaje por vías y estaciones abandonadas de Argentina.
Para viajar gratuitamente enviar un mail en blanco a:
inventren-subscribe@gruposyahoo.com.ar

Inventiva Social publica colaboraciones bajo un principio de intercambio: la libertad de escribir y leer a cambio de la libertad de publicar o no cada escrito. los escritos recibidos no tienen fecha cierta de publicación, y se editan bajo ejes temáticos creados por el editor.

Las opiniones firmadas son responsabilidad de los autores y su publicación en Inventiva Social no implica refrendar dichos, datos ni juicios de valor emitidos.

La protección de los derechos de autor, o resguardo del copyright de cada obra queda a cargo de cada autor.

Inventiva social recopila y edita para su difusión virtual textos literarios que cada colaborador desea compartir.

Inventiva Social no puede asegurar la originalidad ni autoría de obras recibidas.

Respuesta a preguntas frecuentes

Que es Inventiva Social ?

Una publicación virtual editada con cooperación de escritores y lectores.

Cuales son sus contenidos ?

Inventiva Social relaciona en ediciones cotidianas contenidos literarios y noticias que se publican en los medios de comunicación.

Cuales son los ejes de la propuesta?

Proponer el intercambio sensible desde la literatura.

Sostener la difusión de ideas para pensar sin manipulación.

Es gratuito publicar ?

En inventiva social no se cobra ni se paga por escribir. La publicación de cada escrito es un intercambio de libertades entre escritor y editor. cada escritor envía los trabajos que desea compartir sin limitaciones de estilo ni formato.

Cómo se sostiene la actividad de Inventiva Social ?

Sus socios lectores remuneran con el pago de una cuota anual el tiempo de trabajo del editor.

Cómo ayudar a la tarea de Inventiva Social?

Difundiendo boca a boca (o mail a mail) este espacio de cooperación y sus propuestas de escritura.